**ROMA: LA ESCLAVITUD, LOS LIBROS Y LA CULTURA LATINA**

Irene Vallejo (2022). *El infinito en un junco: la invención de los libros en el mundo antiguo.* Madrid: Siruela.

1

El nuevo centro del mundo era una ciudad con muy mala reputación. Desde sus orígenes, los romanos poseyeron una terrible leyenda negra, con la particularidad de haberla inventado ellos mismos. Para empezar, un fratricidio. Cuenta el mito que los hermanos Rómulo y Remo, nietos impacientes del rey de Alba Longa, partieron a fundar su propia ciudad en aquel legendario 21 de abril del año 753 a. C. Estuvieron de acuerdo al escoger el emplazamiento de la futura Urbe a orillas del río Tíber, pero enseguida se enzarzaron en una pelea por el poder. Al ser gemelos, ninguno tenía sobre el otro la ventaja de la edad, y los dos alegaban presagios divinos en su favor —los dioses también saben nadar y guardar la ropa—. El caso es que Remo saltó de manera provocativa sobre las murallas que Rómulo había empezado a construir por su cuenta. Tito Livio dice que, en la subsiguiente pelea, el calor de las ambiciones condujo al derramamiento de sangre. Rómulo asesinó a su hermano y, temblando de rabia, gritó: «Así morirá todo el que salte por encima de estos muros». Sentó así un precedente útil para la futura política exterior romana, que, después de haber golpeado, aduciría siempre para justificarse una agresión o ilegalidad previa de la otra parte. El siguiente paso fue organizar una auténtica agrupación de delincuentes. La urbe recién inaugurada necesitaba ciudadanos. El joven rey, sin miramientos, declaró Roma territorio de asilo para criminales y fugitivos, anunciando que entre sus muros no serían perseguidos. Una muchedumbre indiscriminada de convictos y gente de origen oscuro —cuenta Tito Livio— huyó de los territorios vecinos, convirtiéndose en los primeros romanos. El problema más acuciante pasó a ser la ausencia de mujeres. Y así llegamos al tercer episodio abyecto: una violación masiva. Rómulo invitó a las familias de las aldeas vecinas a la celebración de unos juegos en honor del dios Neptuno. Al parecer, las gentes de los alrededores estaban ansiosas por ver la nueva ciudad, que por entonces era todavía un lodazal de cabañas de barro con alguna que otra oveja como gran atracción.

Aún así, el día previsto acudió a Roma una multitud curiosa. Acompañados por sus mujeres e hijas, aparecieron los habitantes de aldeas próximas con nombres estrafalarios como Caenina, Antemnae y Crustumerium — si la última hubiera llegado a gran potencia imperial en lugar de Roma, hoy seríamos todos crustumerianos—. Pero la fiesta religiosa era en realidad una treta. Cuando llegó la hora de los juegos, y los ojos y las mentes de todos los invitados sabinos estaban fijos en el espectáculo, se dio la señal convenida. Entonces los romanos raptaron a las chicas jóvenes que habían acudido allí con sus familias. Comenta Livio que casi todos se apoderaron a bulto de la primera mujer que cayó en sus manos pero, como en todo hay jerarquías, los patricios principales se reservaron a las más guapas y pagaron para que se las llevasen a casa. En inferioridad numérica, los padres y maridos de las secuestradas huyeron, aturdidos por el dolor, lanzando amargos reproches a sus violentos vecinos. El historiador se apresura a explicar, para evitar malentendidos, que el rapto fue una medida necesaria si los romanos querían asegurar la supervivencia de su ciudad. Además, los presenta haciendo promesas de afecto, reconciliación y amor a las asustadas muchachas. «Esos argumentos —añade— fueron reforzados por la ternura de aquellos maridos, quienes excusaron su conducta invocando la fuerza irresistible de su pasión, argumento siempre efectivo porque apela a la naturaleza femenina». Por si fuera poco, esta legendaria salvajada colectiva sirvió de modelo para la ceremonia romana de matrimonio, que durante siglos escenificó el rapto de las mujeres. El ritual exigía que la novia se refugiase en brazos de su madre y el novio fingiese quitársela por la fuerza mientras ella lloraba, se resistía y gritaba. El argumento del mito llegó hasta Siete novias para siete hermanos, una inofensiva comedia romántica de 1954 en la que una simpática canción sobre las sabinas ayuda a los rudos chicos protagonistas a resolver de una vez por todas sus problemas de soltería. Y, aliviados, los alegres compadres cantan a coro: «Aquellas sabinas lloraban y lloraban pero por dentro estaban contentas. Gritaban y besaban, besaban y chillaban por la campiña romana. No olvidéis a las dispuestas sabinas. Nunca se ha visto nada más hogareño, un bebé romano en cada rodilla, llamados Claudio o Bruto. Y aquellas lloronas sabinas, cuando los romanos salían a alternar y pelear, pasaban las noches muy entretenidas cosiendo togas pequeñitas para sus críos». Al parecer, el pudibundo Hollywood del código Hays, que censuraba los besos y las camas matrimoniales en pantalla, consideraba en cambio edificante la vieja historia del secuestro múltiple como paso previo a una feliz y hogareña vida familiar.

Sin embargo, los enemigos de Roma veían en sus turbios mitos fundacionales un anticipo y una advertencia de su posterior talante depredador. Siglos después, uno de esos adversarios escribiría: «Desde el principio mismo, los romanos no han poseído nada, excepto lo que han robado: su hogar, sus esposas, sus tierras, su imperio». Pues los descendientes de aquel oscuro y desaprensivo Rómulo, en solo cincuenta y tres años —según cálculos de Polibio —, conquistaron la mayor parte del mundo conocido.

2

La creación del gran Imperio mediterráneo necesitó, en realidad, varios siglos. Esos cincuenta y tres años del siglo II a. C. demarcan el periodo en el que todos los demás pueblos fueron comprendiendo con pasmo y terror que Roma había fabricado el engranaje bélico más demoledor jamás conocido. Las primeras batallas no legendarias de Roma datan del V a. C. Fueron cotidianas escaramuzas locales —a veces defensivas, a veces agresivas— en los territorios lindantes. Solo en el IV a. C., la expansión romana empezó a llamar la atención de los griegos, la fuerza dominante en aquella época. En el año 240 a. C., tras una progresión vertiginosa de victorias, el territorio romano abarcaba ya casi toda Italia y Sicilia. Siglo y medio después, dominaba casi toda la península ibérica, la Provenza, Italia, toda la costa adriática, Grecia, Asia Menor occidental y el litoral norteafricano entre las actuales Libia y Túnez. Entre el 100 y el 43 a. C., se anexionó la Galia, el resto de la península de Anatolia, la costa del mar Negro, Siria, Judea, Chipre, Creta, la franja costera de la actual Argelia y parte de Marruecos. Los habitantes de la pequeña ciudad de las marismas del Tíber habían pasado de vivir encharcados en su fétido lodazal a disponer de todo el mar Mediterráneo como si se tratara de un lago interior para su exclusivo disfrute. Las campañas militares se convirtieron en un rasgo cotidiano de la vida de los romanos. Un historiador hispano del siglo V solo consigna —como una inaudita rareza— un año sin guerra a lo largo de aquel largo periodo de expansión imperial. Aquellos insólitos meses de holgazanería bélica sucedieron en el año 235 a. C., durante el consulado de Gayo Atilio y Tito Manlio. Lo habitual, sin embargo, era que dedicasen inmensos esfuerzos y recursos a guerrear y, aunque contaban sus batallas por victorias, dejaron un terrible reguero de víctimas propias en el camino —por no mencionar las ajenas—. Mary Beard afirma que, durante la etapa de conquistas, entre el 10 y el 25 por ciento de la población masculina adulta tenía que servir en las legiones cada año, en una proporción mucho mayor que la de cualquier otro Estado preindustrial y, según los cálculos más elevados, equivalente al índice de reclutamiento de la Primera Guerra Mundial. En la batalla de Cannas frente a Aníbal, que duró una sola tarde, el ritmo de muertes romanas se estima en cien por minuto. Y debemos tener en cuenta que muchos combatientes sucumbirían más tarde a causa de las heridas, pues las armas antiguas servían más bien para mutilar que para matar, y la muerte sobrevenía después, por infección. El sacrificio fue enorme, pero los beneficios sobrepasaron las fantasías más codiciosas de aquellos implacables legionarios. A mediados del siglo II a. C., el botín de tantas victorias había convertido a la población romana en la más rica del mundo conocido. La guerra engrasaba el negocio lucrativo por excelencia de la época: la esclavitud. Miles y miles de cautivos se convirtieron en mano de obra esclava que trabajaba en los campos, minas y molinos romanos. Carretas cargadas de lingotes saqueados en las ciudades y reinos orientales abarrotaban el tesoro romano hasta rebosar. En el año 167 a. C., la sobreabundancia de oro era tan insultante que el Estado decidió suspender los impuestos directos a sus ciudadanos. Es cierto que esas súbitas riquezas resultaron también desestabilizadoras para los romanos —sobre todo, para los que no pudieron echarles mano—. Se reprodujo el panorama habitual: los ricos se hicieron más ricos, y los pobres, aún más pobres.

Las familias patricias se lucraron con grandes latifundios, baratos gracias a la mano de obra esclava, mientras los pequeños agricultores libres, cuyas tierras arrasó Aníbal durante la segunda guerra púnica, se empobrecieron todavía más por culpa de esa competencia desleal. El mejor de los mundos posibles nunca lo es para todos. Desde tiempos remotos, una enorme cantidad de guerras se han desencadenado con el fin de capturar prisioneros, poseerlos y traficar con ellos. La riqueza mundial a menudo ha ido del brazo de la esclavitud. Este es un nexo real entre la Antigüedad y épocas más modernas: de la muralla china a la Autopista de los Huesos de Kolimá, del sistema de regadío en Mesopotamia a las plantaciones de algodón estadounidenses, de los burdeles romanos a la trata de mujeres en el presente, de las pirámides egipcias a la ropa barata made in Bangladesh. En la Antigüedad, sin duda, los esclavos eran uno de los motivos principales —y a menudo la única razón— para lanzar una expedición de conquista. Representaban un resorte económico tan poderoso que ni siquiera se intentaba ocultar.

Cierta vez, Julio César, famoso por su clemencia, vendió a toda la población de una aldea recién conquistada en la Galia, no menos de 53.000 personas, sobre el terreno. El negocio se pudo resolver rápido porque los tratantes de esclavos formaban un segundo ejército rezagado detrás de las legiones para ir comprando la mercancía fresca en cuanto caía la noche en los campos de batalla. Prisioneros, vecinos y adversarios sufrieron en su propio pellejo la eficiencia de la organización romana. El nuevo imperio hizo realidad la ambición unificadora que los griegos nunca cumplieron porque, a la hora de la verdad, siempre resultaban ser unos incapaces políticos. Los sucesores de Alejandro, como ya he dicho, crearon dinastías rivales que se enzarzaron en una serie de guerras unas contra otras, fragmentando el imperio heredado y sumiéndolo en la zozobra de sus alianzas cambiantes y sus constantes estallidos de brutal violencia. Todos los bandos contendientes se acostumbraron a recurrir a los romanos como aliados en sus luchas locales o como árbitros de sus conflictos, y al final terminaron engullidos por tan peligrosos amigos. No se puede afirmar que los romanos inventasen la globalización, porque ya existió en el troceado mundo helenístico, pero la elevaron a un grado de perfección que todavía hoy nos impresiona. De un confín a otro del imperio, de España a Turquía, una constelación expansiva de ciudades romanas permanecía comunicada gracias a calzadas tan sólidas y bien trazadas que muchas de ellas aún existen. Aquellas ciudades plasmaban un modelo de urbanismo reconocible y confortable: anchas avenidas que se cortaban en ángulo recto, gimnasios, termas, foro, templos de mármol, teatros, inscripciones en latín, acueductos, alcantarillado. Los forasteros encontraban allá donde fueran rasgos de una cartografía uniforme, igual que los turistas de hoy tropezamos con franquicias de las mismas marcas de ropa, informática y hamburguesas en idénticas arterias comerciales de una punta a otra del planeta. Estas transformaciones provocaron un hormigueo de gente yendo y viniendo como nunca se había visto antes en el mundo antiguo. Al principio se trató sobre todo de movimientos de los ejércitos y migraciones masivas forzadas. Se calcula que, a comienzos del siglo II a. C., llegaban a la península itálica un promedio de ocho mil esclavos cada año, capturados en la guerra. Por esa misma época se lanzaron al Mediterráneo viajeros, comerciantes y aventureros romanos, que se desplazaban durante largos periodos fuera de Italia. Las aguas de este mar, que para no andarse con rodeos procedieron a llamar *nostrum*, eran un hervidero de hombres de negocios que sacaban tajada de las oportunidades comerciales abiertas por la conquista. Comerciar con esclavos o proveer armas se transformaron en oficios con gran demanda en el mercado laboral. A mediados de ese mismo siglo II a. C., más de la mitad de los ciudadanos varones adultos habían visto los horizontes del mundo exterior, y habían contribuido con gusto a la variedad étnica dejando a su paso —y a su suerte— abundantes hijos mestizos. Todo su poderío militar, su riqueza, las asombrosas redes de transporte y las obras de ingeniería componían una maquinaria poderosa, invencible pero árida sin el rocío de la poesía, de los relatos y de los símbolos. Las grietas abiertas por esas ausencias serían las rutas imprevisibles por las que Edipo, Antígona y Ulises se lanzaron a las calzadas del mundo globalizado.

3

Los romanos consiguieron su extraordinaria sucesión de victorias gracias a una mezcla muy eficaz de violencia y capacidad de adaptación, en la mejor tradición darwiniana. Los pueblerinos secuaces de Rómulo aprendieron pronto a imitar lo mejor de sus enemigos, a apoderarse de lo que les gustaba sin la menor terquedad chovinista y a combinar todos los ingredientes copiados para crear nuevas formas propias. Desde las primeras escaramuzas, se acostumbraron a saquear a sus adversarios vencidos no solo en el terreno material, sino también en el simbólico. Durante las luchas contra los samnitas, imitaron sus estrategias bélicas —sobre todo, el manípulo como unidad básica de la legión— y las utilizaron de forma muy efectiva para derrotarlos con sus propias armas. En la primera guerra púnica, los destripaterrones romanos se las ingeniaron para construir una flota lo más parecida posible a la cartaginesa y con ella ganaron sus primeras batallas navales. Los terratenientes itálicos de ideas más tradicionales y abolengo más rancio se apuntaron rápidamente a las modernas explotaciones agrícolas helenísticas en forma de plantación. Gracias a todas esas apropiaciones, crearon una fuerza invasora tan invencible como el Ejército de Alejandro, y administraron mejor que él sus conquistas. Pero, más allá de sus incontestables habilidades para la guerra y la barbarie, tuvieron un fogonazo de asombrosa humildad al asumir que la cultura griega era muy superior. Los miembros más lúcidos de las clases dirigentes comprendieron que toda gran civilización imperial necesita fabricar un relato unificador y victorioso sostenido por símbolos, monumentos, arquitecturas, mitos forjadores de identidades y formas sofisticadas de discurso. Y para conseguirlo rápido, según su costumbre, decidieron imitar a los mejores. Sabían dónde encontrar el modelo. Mary Beard resume la situación de aquellos tiempos con un aforismo contundente: «Grecia lo inventa, y Roma lo quiere». Los romanos se lanzaron a hablar la lengua de los griegos, a copiar sus estatuas, a reproducir la arquitectura de sus templos, a escribir poemas de tipo homérico y a imitar sus refinamientos con celo de advenedizos. El poeta Horacio captó esa paradoja cuando escribió que Grecia, la conquistada, había invadido a su fiero vencedor. Hoy nos resulta difícil determinar hasta qué punto Roma tomó prestada toda la cultura griega y en qué medida los romanos fueron —o no— unos bárbaros salvajes hasta que los civilizaron los griegos, pero así es como las dos partes contaban la historia. Los intelectuales y creadores latinos siempre se presentaron como discípulos de los clásicos griegos. Los vestigios de formas culturales autóctonas fueron orillados o borrados. Y muchos romanos ricos aprendieron a defenderse en la lengua de sus súbditos helenísticos —aunque sabemos que los verdaderos griegos se burlaban despiadadamente del macarrónico acento romano—. Hay constancia de que a principios del siglo I a. C. una delegación griega tomó la palabra ante el Senado de Roma sin necesidad de traductor. Este esfuerzo de los conquistadores por hablar en sus cenáculos más cultos el idioma de una de sus muchas colonias es un gesto asombroso y extraordinario, en las antípodas de la habitual arrogancia cultural de las metrópolis imperiales. Imaginemos a los británicos manteniendo sus tertulias literarias de Bloomsbury en un esforzado sánscrito, o a Proust sudando para entablar una charla refinada en bantú con los aristócratas parisinos que tanto le fascinaban. Por primera vez, una gran superpotencia antigua asumía el legado de un pueblo extranjero —y derrotado— como un ingrediente esencial de su propia identidad. Sin rasgarse las vestiduras, los romanos reconocieron la superioridad griega y se atrevieron a explorar sus hallazgos, interiorizarlos, protegerlos y prolongar su onda expansiva. Esta seducción ha tenido enormes consecuencias para todos nosotros. Allí nació la hebra que entreteje nuestro presente con el pasado, el hilo que nos mantiene unidos a un brillante mundo extinguido. Por encima, como funambulistas, caminan de un siglo a otro las ideas, los descubrimientos de la ciencia, los mitos, los pensamientos, la emoción, y también los errores y las miserias de nuestra historia. Hemos llamado clásicos a toda esa hilera de palabras en equilibrio sobre el vacío. A causa de la fascinación que aún despiertan en nosotros, Grecia pervive como el kilómetro cero de la cultura europea.

4

La literatura latina es un caso muy peculiar: no nació espontáneamente, sino que fue gestada por encargo, in vitro. El parto inducido tuvo lugar un día concreto del año 240 a. C., para celebrar la victoria de Roma sobre Cartago.

Mucho antes de aquel día inaugural, los romanos habían aprendido a escribir —como no podía ser menos— a imitación de los griegos, que, desde el siglo VIII a. C., vivían en las prósperas colonias del sur de Italia, en la región conocida como Magna Grecia. Por la vía del comercio y los viajes, su cultura y su escritura alfabética habían desembarcado en el norte. Los primeros italianos septentrionales en aprender el alfabeto griego y adaptarlo a su lengua fueron los etruscos, que dominaron el centro de la península entre el siglo VII y el IV a. C. Sus vecinos del sur, los romanos — quienes, aunque no les gustaba reconocerlo, estuvieron durante décadas sometidos a una dinastía de Etruria—, se abalanzaron ávidos sobre aquella maravillosa innovación, y adoptaron a su vez la escritura etrusca con ciertos ajustes para adecuarla al latín. El alfabeto de mi infancia, el que me observa ahora mismo desde las hileras oscuras del teclado de mi ordenador, es una constelación de letras errantes que los fenicios embarcaron en sus naves. Surcaron el mar rumbo a Grecia, luego navegaron hacia Sicilia, buscaron las colinas y los olivares de la actual Toscana, merodearon por el Lacio y, de mano en mano, fueron cambiando hasta alcanzar el trazo que hoy acarician mis dedos. Los testimonios más antiguos de este alfabeto viajero no dejan resquicios a las ensoñaciones. Los romanos —pragmáticos, organizadores natos— limitaron su uso a registros de hechos y normas. Los textos más tempranos —de los siglos VII y sobre todo VI a. C.— son un grupo de inscripciones breves (por ejemplo, marcas de propiedad garabateadas en un recipiente). De los siglos siguientes conocemos únicamente leyes y rituales escritos. No ha quedado ninguna huella de escritos de ficción —se estaba luchando a vida o muerte por el poder en los campos de batalla y corrían malos tiempos para la lírica—. La literatura romana tuvo que esperar; fue un acontecimiento tardío, gestado en un descanso de los guerreros. Solo cuando el enemigo más peligroso ya había mordido el polvo, con la tarea cumplida, en la relajación y el ocio de la victoria, los romanos se permitieron pensar en los juegos del arte y los placeres de la vida. La primera guerra púnica acabó en el año 241 a. C. Apenas unos meses más tarde, los romanos disfrutaron de la primera obra literaria en latín. El público la conoció en septiembre del año 240 a. C., sobre las tablas de un teatro de la capital, con motivo de los Ludi Romani. Como gran atracción de las festividades, se estrenó allí un drama —no sabemos si comedia o tragedia— traducido del griego, cuyo título ha caído en el olvido. No es casualidad que una traducción marque el arranque de la literatura romana, siempre hechizada por los maestros griegos, siempre en un ambiguo juego de ecos, nostalgia, envidia, homenaje y todos los matices del amor acomplejado. Aquella representación inicial encierra una extraña historia: la poesía llegó a Roma entre el estrépito de las armas, desde el bando contrario, por obra de un esclavo extranjero. Livio Andrónico, el improbable iniciador de la literatura latina, no era romano de nacimiento. Se ganaba la vida como actor en Tarento, uno de los mayores enclaves de cultura griega del sur de Italia, ciudad suntuosa, refinada y amante del teatro. El joven cayó prisionero durante la conquista, en el año 272 a. C., y conoció la amarga suerte de los vencidos: el mercado de esclavos. Lo imagino vislumbrando la Urbe por primera vez entre las rendijas de la carreta donde lo transportaban como si fuera ganado para la venta. Algún hábil vendedor consiguió colocarlo en la rica mansión de los Livios. Su inteligencia y su labia le libraron de los trabajos más penosos. Se cuenta que dio clases a los hijos del amo y que la familia, agradecida, años más tarde lo manumitió. Como era costumbre entre los libertos, mantuvo el apellido familiar de sus antiguos dueños, al que añadió un apodo griego que simbolizaba su identidad escindida. Bajo la protección de la poderosa familia que lo había comprado y después liberado, abrió una escuela en la capital. En ausencia de poetas autóctonos, sería este extranjero, bilingüe a la fuerza, quien recibiría los encargos literarios en Roma. Me pregunto qué emociones contradictorias le asaltarían al escribir en la lengua de su derrota. Sabemos que tradujo las primeras tragedias y comedias que se representaron en la capital del imperio, y también la Odisea homérica. Gracias a él se creó una congregación de escritores y actores al amparo del templo de Minerva en el Aventino. Apenas han quedado fragmentos de sus versos inaugurales. Me gusta el sonido evocador de una frase truncada de su Odusia: «los montes abruptos y los campos polvorientos y el inmenso mar». Queda un pequeño misterio por resolver. Todo indica que Roma era en aquel entonces un páramo sin apenas libros, ni bibliotecas públicas, ni libreros. ¿Cómo conseguiría Livio Andrónico los originales para sus traducciones? Los ricos patricios podían permitirse enviar mensajeros a las ciudades griegas del sur de Italia, donde había comerciantes de libros, pero esa solución era impensable para un humilde liberto. Los letraheridos de hoy apenas podemos imaginar el desierto de libros de la época manuscrita. En nuestro siglo XXI, la catarata de letra impresa desborda todos los diques de la mesura. Se publica un nuevo título cada medio minuto, ciento veinte cada hora, dos mil ochocientos al día, ochenta y seis mil al mes. Un lector medio alcanza a leer en toda su vida lo que el mercado editorial produce en una sola jornada laboral, y cada año se destruyen millones de ejemplares huérfanos. Pero esta abundancia es muy reciente. Durante siglos, conseguir libros exigía estar bien relacionado e, incluso con los contactos adecuados, conllevaba gastos, esfuerzos, tiempo y, en ocasiones, arrostrar los peligros del viaje. Por sus propios medios y con el estigma de sus orígenes, Livio Andrónico nunca hubiera podido dedicarse a leer, traducir y dirigir una escuela sin el apoyo de sus poderosos protectores. Probablemente fueron los Livios quienes afrontaron los gastos de reunir —con la intención de exhibir su riqueza y alardear de cultura — una pequeña biblioteca de clásicos griegos. A su antiguo sirviente le tocaría madrugar todas las mañanas para hacerles una visita de respeto —la salutatio matutina—, aburrirse en la antesala hasta que su patrono se dignase aparecer y, como el actor que fue en su juventud, inclinar la cabeza y hablar en el tono apropiado, diariamente agradecido por que le permitieran sostener entre sus manos griegas, antes esclavas, los rollos de la lujosa colección.

5

Los nobles romanos se encapricharon de los libros, esos objetos escasos y exclusivos que no estaban al alcance de todos. Al principio, enviaban pacíficamente a sus servidores rumbo a Alejandría y otros grandes centros culturales con la misión de encargar copias a los expertos mercaderes. Pronto descubrieron que era mucho más práctico arramblar con bibliotecas enteras durante sus expediciones bélicas por territorio griego. Así, la literatura se convirtió en botín de guerra. En el año 168 a. C., el general Emilio Paulo derrotó al último rey de Macedonia. Permitió que Escipión Emiliano y otro hijo suyo, ambos amantes del saber, se llevasen a Roma todos los libros de la casa real macedonia, a la que perteneció Alejandro. Gracias a esa valiosa rapiña, los Escipiones fueron propietarios de la primera gran biblioteca privada de la ciudad y oficiaron como patrocinadores de la joven generación de literatura romana. Uno de los escritores satélites que gravitaban en torno a sus libros fue el dramaturgo Terencio, de quien se decía que era de origen esclavo. Su apodo Afer («el Africano») da pistas sobre su procedencia y el color de su piel. Por aquel entonces, se imponía un reparto de tareas culturales. Los poderosos patricios se encargaban de saquear libros —a veces, en un alarde de honradez, incluso los compraban— para enriquecer sus colecciones privadas y aglutinar a su alrededor a los autores con más talento. Los escritores propiamente dichos eran, salvo excepciones, desharrapados a su servicio (esclavos, extranjeros, prisioneros de guerra, pobres pluriempleados y demás morralla social). En la estela de los Escipiones, otros generales siguieron la cómoda senda del pillaje librario. El despiadado Sila se apoderó del que quizá fuera el trofeo más apetecible: la colección del mismísimo Aristóteles, que durante mucho tiempo permaneció escondida y reapareció a tiempo de convertirse en botín de guerra. En Roma fue también famosa la biblioteca de Lúculo, adquirida gracias a un metódico saqueo durante sus victoriosas campañas militares en el norte de Anatolia. Privado del mando en el año 66 a. C., Lúculo se dedicó a partir de ese momento a una vida de suntuosa vagancia sostenida por las riquezas que había ido acumulando en sus años depredadores. Cuentan que su biblioteca privada seguía el modelo arquitectónico de Pérgamo y Alejandría: rollos almacenados en estrechas salas, pórticos donde leer, y salones para reunirse y hablar. Lúculo fue un ladrón generoso: puso sus libros a disposición de sus parientes, amigos y de los estudiosos afincados en Roma. Plutarco dice que en su mansión se reunían y conferenciaban catervas de intelectuales, como en una perpetua recepción de las musas. La mayoría de los textos que embellecían las bibliotecas de los Escipiones, de Sila y de Lúculo eran griegos. Con el tiempo se irían añadiendo algunos en latín, pero serían minoría. Como los romanos habían empezado tarde a escribir, toda su literatura junta representaba una fracción bochornosamente minúscula de los fondos disponibles. Imagino que los artistas romanos de aquella época se sentirían desbordados y empequeñecidos ante el aluvión de obras artísticas que llegaban en el equipaje de los ávidos conquistadores. Gran parte de este botín eran apabullantes obras maestras. Para entonces, la literatura y el arte griego tenían detrás más de medio milenio de historia. No es fácil competir con quinientos años de apasionada creación.

6

La percepción mutua de romanos y griegos se nutría de estereotipos parecidos a los nuestros sobre estadounidenses y europeos. Pragmatismo, poder económico y militar, frente al bagaje de una larga historia, una gran cultura y la nostalgia de esplendores pasados. Marte y Venus. Aunque en general expresaban un respeto recíproco, los dos tenían un repertorio de chistes y caricaturas nacionales para reírse a espaldas del otro. Puedo imaginar a los griegos bromeando en la intimidad sobre los legionarios brutos y descerebrados que no eran capaces de hacer una mísera inscripción sin faltas de ortografía. Al otro lado de la barrera, los viejos romanos conservadores también despotricaban. En una de sus sátiras, Juvenal exclama que no puede soportar la ciudad llena de griegos, esa chusma charlatana y parásita que ha traído consigo sus vicios junto a su lengua, corrompiendo las costumbres y desplazando a los auténticos ciudadanos. En efecto, no todo era admiración. Los procesos globalizadores siempre despiertan reacciones contradictorias y complejas. Algunas de las voces más cáusticas de los siglos III y II a. C. atacaron el influjo de las culturas extranjeras en general y la griega en particular. Les molestaban las novedades que empezaban a convertirse en peligrosas modas, como la filosofía, los lujos gastronómicos o la depilación. El campeón de estos críticos fue Catón el Viejo, contemporáneo y rival de Escipión el Africano, al que ridiculizaba por brincar en gimansios griegos y mezclarse con el populacho en los teatros sicilianos. Según este cascarrabias oficial, las costumbres sofisticadas de los extranjeros acabarían minando la fuerza del carácter romano. Por otro lado, sabemos que el propio Catón enseñó griego a su hijo, y los fragmentos conservados de sus discursos demuestran que se apresuró a estudiar los artificios de la retórica griega que tanto denostaba en público.

Todas estas ambivalencias de la identidad romana se reflejan en su primera literatura. Las obras teatrales de Plauto y Terencio son ya algo más que meras traducciones calcadas del griego. Se presentan como adaptaciones fieles que respetan la trama de los originales helenísticos, manteniendo la ambientación en Grecia, pero en realidad son híbridos pensados para complacer al público ruidoso y festivo de Roma. A diferencia de la Atenas clásica, en la Urbe el teatro tenía que competir con otras diversiones populares como los combates de lucha libre, el funambulismo o las peleas de gladiadores. Por eso, casi todas las comedias giraban sobre un argumento básico e infalible: «chico consigue chica». La gente esperaba que en cada comedia apareciera el típico esclavo astuto y embaucador que causaba mil enredos. Para agradar a todos, el final feliz estaba garantizado. Pero, por debajo de la epidermis frívola de estas obras romanas, había un ingrediente nuevo. A través de ellas, los espectadores se asomaban a la complejidad cultural del nuevo y ancho mundo imperial. La acción de todas las comedias sucedía en Grecia y, por tanto, exigía al público ciertas nociones de geografía lejana. En una de sus representaciones, Plauto se atrevió a dar protagonismo a un cartaginés, que se expresa en su genuina lengua púnica —de hecho, los lingüistas actuales encuentran allí un testimonio único para conocer esa lengua extinta—. En otra, un par de personajes se disfrazan de persas. En el prólogo de varias comedias, aparece un chiste recurrente sobre las adaptaciones. Refiriéndose a su traducción, Plauto dice: «Un griego escribió esto, y Plauto lo barbarizó». Este verso, como explica Mary Beard, era un sofisticado guiño al público. Al escucharlo, los espectadores de origen griego esbozaban una risita disimulada a expensas de los nuevos y bárbaros dueños del mundo. Entre risas y bromas, el teatro ayudaba a comprender mejor la nueva realidad de horizontes ensanchados. El público aprendía que las viejas tradiciones ya no podían mantener su pureza ancestral; que, pese a las resistencias conservadoras, la forma más inteligente de transitar por los nuevos caminos era adaptar y adaptarse a la sabiduría del mundo que habían conquistado. La joven literatura híbrida era la avanzadilla de una sociedad cada día más mestiza. Roma estaba descubriendo las mecánicas de la globalización y su paradoja esencial: también lo que adoptamos de otras partes nos hace ser quienes somos.

7

La esclavitud era, para griegos y romanos, el monstruo que acechaba bajo la cama, el terror que siempre reptaba cerca. Nadie podía vivir totalmente seguro de que nunca sería esclavizado, sin importar lo rico y aristocrático que fuese su linaje. Había muchas puertas abiertas al infierno, incluso para los nacidos libres. Si tu ciudad o tu país eran golpeados por la guerra —una experiencia casi cotidiana durante la Antigüedad— la derrota te convertía en botín del ejército victorioso. Vae victis («¡Ay de los vencidos!») era una descriptiva máxima latina. Las leyendas más antiguas dejaban claro que no habría compasión con la que hoy llamamos «población civil». En Las Troyanas, de Eurípides paseamos entre las cenizas humeantes de Troya y la desolación de su reina y sus princesas, sorteadas entre los generales invasores. La víspera todavía vestían trajes lujosos y se las recibía entre reverencias. Tras una noche de matanzas y conquista, los griegos las arrastran del pelo, se las reparten y las violan.

Si viajando por mar te atacaban los piratas —un término comodín para todo tipo de enemigos o malhechores provistos de barco—, tenías pocas posibilidades de escapar a la esclavitud. Si alguien te secuestraba en tierra firme, probablemente no pediría rescate a tu familia. Resultaba más rápido y menos peligroso venderte a un tratante. Ese cruel comercio de gentes arrancadas de sus hogares libres se convirtió en un negocio muy lucrativo, con el que se podía hacer dinero rápido. Las comedias de Plauto sacan a escena a menudo a niños raptados, a hermanos separados, a padres que han envejecido buscando a sus hijos desaparecidos y los encuentran convertidos en siervos o prostitutas al servicio del villano de turno. Si atravesabas una mala racha económica, tus acreedores podían venderte como último recurso para cobrar sus deudas. Si un personaje poderoso quería vengarse de ti, podía elegir entre matarte o, si era todavía más cruel, entregarte a un traficante.

El mismísimo filósofo Platón sufrió esa suerte en su propio pellejo. Cuentan que, durante su estancia en Sicilia, enfureció al tirano Dionisio con una resabiada observación sobre su forma de gobernar y su ignorancia. Dionisio pretendía ejecutarlo, pero su cuñado Dion, discípulo del filósofo, insistió en que se le perdonase la vida. Como su insolencia merecía un castigo, lo llevaron a la isla de Egina para venderlo en el animado bazar de esclavos. Por suerte para él, la historia tuvo un final feliz. Lo compró un colega filósofo —partidario de otra escuela de pensamiento antagónica a la de Platón, aunque no de un modo demasiado encarnizado— y lo dejó marchar, escaldado pero libre, de regreso a su casa ateniense. Según la ley romana, los esclavos eran propiedad de sus amos y no tenían personalidad legal. Podían sufrir castigos corporales y, de hecho, muchos eran azotados con frecuencia, para mantener la disciplina o como mero desahogo.

El comprador estaba en su derecho si decidía separarlos de sus hijos, acostarse con ellos, venderlos, apalearlos o ejecutarlos sumariamente. Estaba permitido sacarles partido económico de cualquier forma, incluyendo las luchas de gladiadores o la explotación sexual —la mayoría de las prostitutas eran esclavas—. En los juicios, el testimonio de un esclavo solo tenía validez si se había obtenido bajo tortura. Hachazo. Abismo. Calvario. ¿Cómo describir el doloroso cambio de vida de todos aquellos ciudadanos libres sometidos a la esclavitud por culpa de un azar, una deuda, una derrota o un tráfico despiadado? Personas con vidas pacíficas, laboriosas, incluso felices, eran arrancadas con extrema violencia del cobijo de sus esperanzas y sus derechos, para arrojarlas a la intemperie radical de convertirse en propiedades humanas.

Durante doscientos años, llegaron a Roma cantidades gigantescas de estos esclavos griegos, resultado de las victorias sobre los reinos helenísticos de Macedonia, la Grecia continental, Turquía, Siria, Persia o Egipto. La irrupción de los conquistadores romanos desencadenó un largo periodo de violencia y caos en el Mediterráneo oriental, creando las condiciones propicias para la captura masiva de esclavos. El mar estaba plagado de piratas. Los ejércitos marchaban a través de extensos territorios, ensombreciendo el horizonte con su presencia amenazadora. Ciudades y estados enteros caían en el abismo de las deudas a causa de los despiadados tributos que imponían los romanos. Las cifras son estremecedoras. A mediados del siglo I a. C. debía de haber alrededor de dos millones de esclavos en Italia, que rondarían el 20 por ciento del censo. Cuando en la primera época imperial alguien tuvo la brillante idea de obligarles a llevar uniforme, el senado rechazó la medida con espanto —nadie deseaba que la población esclava se percatase de lo numerosa que era—. Los griegos no fueron el único pueblo que esclavizaron los romanos, también una multitud de hispanos, galos y cartagineses, entre otros, cayeron en la servidumbre. La peculiaridad de los cautivos griegos consistía en que muchos de ellos eran más cultos que sus amos. Las profesiones de prestigio que hoy practican los hijos de las clases medias y altas fueron en Roma territorio de esclavos. Para nuestra sorpresa, los médicos, banqueros, administradores, notarios, asesores fiscales, burócratas y profesores de aquella época eran a menudo griegos privados de libertad. Los nobles romanos con aspiraciones culturales podían acudir una mañana cualquiera a los mercados bien abastecidos de la capital para comprarse un intelectual griego a su gusto, que educaría a sus hijos, o simplemente les otorgaría el prestigio de tener un filósofo de guardia en casa.

Fuera de los hogares, la mayoría de los maestros de escuela eran también esclavos o libertos griegos. Todo el trabajo de cuello blanco y de escritorio era su especialidad. Además, sostenían la administración del Imperio y su sistema legal. Cicerón deja entrever en sus cartas que era propietario de unos veinte esclavos de este tipo, entre secretarios, empleados, bibliotecarios, amanuenses, «lectores» —que leían libros o documentos en voz alta para comodidad de su amo—, asistentes, contables y chicos de los recados. El famoso orador poseía varias bibliotecas, una en su casa de la capital y otras repartidas por sus numerosas propiedades rurales. Necesitaba personal muy cualificado para gestionar tanto esas colecciones como su propia obra. Sus esclavos se ocupaban de las tareas cotidianas: devolver los rollos a sus estantes respectivos, reparar los volúmenes dañados y llevar al día el catálogo. Escribir con hermosa caligrafía era una parte esencial de su trabajo. Si los amigos del amo le prestaban libros en los que él estaba interesado, ellos realizaban copias a mano de todas las obras, por extensas que fueran. En cuanto el jefe terminaba de redactar un nuevo ensayo o discurso, tenían que elaborar a toda prisa una tirada manuscrita que el ufano autor repartía entre sus amigos y colegas. Se trataba de una tarea ardua (Cicerón era un autor muy engreído, muy prolífico y con muchos amigos). Para la organización general de su biblioteca no le bastó su personal ordinario. Enamorado de sus libros, quiso hacerse con los servicios de un experto. Recurrió entonces a Tiranión, uno de esos muchos estudiosos griegos arrancados de su patria para ser vendidos como esclavos. A pesar de su duro destino, el escritor cautivo destacaba por su carácter amable. Anteriormente ya se había labrado una gran reputación ordenando la famosa biblioteca de Sila según el modelo de Alejandría. Cicerón escribe a un amigo: «Cuando vengas, podrás ver la maravillosa organización que ha realizado Tiranión de mis libros en la biblioteca».

Pero no todos los esclavos ilustrados de Cicerón fueron tan dóciles, ni le dieron tantas alegrías. En el otoño del año 46 a. C., el orador escribió una carta a su amigo el gobernador de Iliria (un territorio que hoy forma parte de Albania, Croacia, Serbia, Bosnia y Montenegro). Estaba irritado y decepcionado. Su bibliotecario jefe, un esclavo llamado Dionisio, había estado robándole libros para venderlos y, cuando por fin fue descubierto e iba a recibir su merecido, puso pies en polvorosa. Un conocido creía haberlo visto en Iliria. Cicerón ruega a su amigo, general de los ejércitos destacados en la zona, que le haga el insignificante favor —una menudencia— de atraparlo y traérselo de regreso. Pero, para disgusto de Cicerón, los ladrones de libros no eran una de las prioridades del gobernador romano en la provincia, y las legiones romanas no se movilizaron para atrapar al fugitivo. La historia de los libros en Roma tiene como protagonistas a los esclavos. Participaban en todas las facetas de la producción de obras literarias, desde enseñar a escribir hasta elaborar las copias. Llama la atención el contraste entre la muchedumbre de esclavos griegos ilustrados y el analfabetismo obligatorio de civilizaciones posteriores.

En cambio, los habitantes de la civilización grecolatina consideraban apropiado que sus esclavos se encargasen de los trabajos de copia, escritura y documentación, por razones que hoy resultan, cuando menos, sorprendentes. Como ya he explicado, la lectura antigua no era el acto mudo que hoy practicamos. Salvo llamativas excepciones, entonces se leía siempre en voz alta, incluso en privado. A ojos de los antiguos, la operación de hacer sonoras las letras escritas encerraba un hechizo inquietante.

Las más antiguas creencias enseñaban que el aliento era la sede del espíritu de una persona. En las inscripciones funerarias tempranas, los muertos rogaban al paseante: «préstame tu voz», para revivir y anunciar quién yacía en el sepulcro. Los griegos y romanos creían que todo texto escrito necesita apropiarse de una voz viva con el fin de completarse y alcanzar su plenitud. Por eso, el lector que paseaba su mirada por las palabras y empezaba a leerlas sufría una especie de posesión espiritual y vocal: su laringe era invadida por el aliento del escritor. La voz del lector se sometía, se unía a lo escrito. El escritor, aun después de su muerte, utilizaba a otros individuos como instrumento vocal, es decir, los ponía a su servicio. Ser leído en voz alta significaba ejercer un poder sobre el lector, incluso a través de las distancias del espacio y el tiempo. Por eso —pensaban los antiguos—, resultaba adecuado que los profesionales de la lectura y la escritura fuesen esclavos.

Porque su función era precisamente servir y someterse. En contrapartida, el amor de los hombres libres por la lectura se veía con cierto recelo. Solo quedaban a salvo los oyentes de un texto, los que escuchaban leer a otra persona sin someter su voz a lo escrito. Quienes, como Cicerón, disponían de esclavos lectores. Esos servidores, poseídos por el libro, dejaban de pertenecerse a sí mismos durante el instante de la lectura. Ponían en su boca un «yo» que no era suyo. Eran meros instrumentos de una música ajena. Curiosamente, las metáforas utilizadas para esta actividad en la obra de Platón y otros autores hasta Catulo son las mismas que se usaban para designar la prostitución o para el compañero pasivo en las relaciones sexuales. El lector es sodomizado por el texto. Leer uno mismo es prestar el cuerpo a un escritor desconocido, un acto audazmente promiscuo. No se consideraba del todo incompatible con el rango de ciudadano, pero los bienpensantes de la época proclamaban que debía practicarse con cierta moderación, para que no se convirtiese en vicio.